

SERMON
PARA EL DIA DE SAN LUIS
REY DE FRANCIA.

¿ An nescitis quoniam Sancti de hoc mundo judicabunt ?

¿ No sabeis que algun dia los Santos han de juzgar al mundo ? 1. Cor. 6. v. 2.

SI solamente la ley de Dios hubiera de juzgar al mundo, Catholicos, pudiera éste oponer á su condenacion los obstaculos casi insuperables, que cada uno de nosotros halla en su estado para la práctica de las obligaciones que se nos señalan; pudiera acusar de injusticia á la ley, porque nos manda muchas cosas que parecen incompatibles con las diversas circunstancias en que solemos hallarnos, por razon del nacimiento, de la fortuna, y los puestos eminentes; y la ley de Dios, que tan justa es en sus juicios y preceptos, no podrá justificarse en presencia de la falsa prudencia de los hombres; por eso nos advierte el Apostol, que los justos de todos los estados han de parecer al lado de Jesu-Christo, que serán defensores de su ley contra todas las vanas escusas de los pecadores, y que su exemplo juzgará al mundo, por no haberle querido imitar.

Pero este derecho de juzgar al mundo no convendrá á todos igualmente; parece que no basta haberle despreciado y pisado para tener derecho á condenar á los que le aman, es preciso tambien haber vencido todo su esplendor, su pompa, su magnificencia, sus placeres, y haber resis-

ti-

tido á todos sus peligros para poder confundir todas sus escusas.

De este modo juzgó ya anticipadamente al mundo el Santo Rey, á quien amó en otro tiempo la Francia como á su padre, y á quien hoy venera como á su Protector; no puede oponer el mundo escusa alguna á las obligaciones de la ley, que no se halle confundida con este grande exemplo; qualquier pretexto contra la virtud halla aqui su condenacion; se desvanecen las vanas razones de la clase, del nacimiento, y de los empleos, sin que ya puedan alegarse por escusas; y el mundo, obligado á respetar la santidad ya no tiene que decirnos para dorar sus desordenes, ó para justificar sus costumbres.

Dos errores reynan en el mundo contra la verdadera virtud. Primeramente se mira esta como incompatible con aquellas prendas brillantes y heroycas, que dán estimacion entre los hombres, y que nos hacen dignos de ocupar con honor los primeros puestos. En segundo lugar; miramos la distincion del nacimiento, y los puestos eminentes, como privilegio que nos dispensa de los penosos ejercicios de la virtud: esto es, nos figuramos la virtud casi como una flaqueza que ó deshonorá á los Grandes, ó nos inhabilita para los grandes empleos: *primer error*: nos persuadimos á que la elevacion permite un genero de virtud mas acomodada, y en la qual es permitido gozar de todos los placeres, y seguir todas las costumbres que aprueba el mundo, y que condena la ley de Dios: *segundo error*.

Hoy pues, intento, no tanto alabar las virtudes de nuestro Santo Rey, como proponeros su exemplar vida con la que condena estos dos errores del mundo. Primeramente, en la virtud halló la raíz de todas aquellos heroycas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo; en segundo lugar, en su dignidad real halló nuevos motivos para ejercitarse en las mas austeras obligaciones de la virtud: esto es, fue un gran Rey en presencia de los

hom-

hombres, porque fue un Rey santo á la vista de Dios; creyó que debía ser tanto mas santo en la presencia de Dios, quanto mayor era á la vista de los hombres. Por la santidad fue un gran Rey, y por la dignidad Real un gran Santo: De este modo, ¡ó Dios mio! este Principe segun vuestro corazon es un fiscal que nos confunde; pero haced Señor, que sea un modelo que nos consuele y anime, y no permitais que este grande exemplar, que oy nos propone la religion con tanta solemnidad en nuestra propia patria para instruirnos, casi no sea de otra utilidad para nosotros, que de hacernos mas inescusables. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

ES una verdad indefectible, Catholicos, que el mundo, injusto apreciador de la virtud, la mira siempre como suerte de las almas flacas y timidas: atribuye á los devotos pensamientos de la fé un no sé qué, que anuncia ó pusilanimidad en el corazon, ó cortedad de entendimiento; la inocencia de las costumbres solamente es estimada de aquellas personas, que por razon de sus cortos alcances son inhabiles para las empresas arduas: parece que el heroismo y la santidad son incompatibles, y que los hombres no pueden ser grandes si no se dexan llevar de las mismas pasiones que los envilecen: con todo eso, catholicos, no hay cosa de mas estimacion para el hombre que el vivir segun Dios. La virtud es el mas heroyco esfuerzo del corazon, y el uso mas noble, y acertado que se puede hacer de el entendimiento; una alma exercitada en la vida de la fé no halla empresa que la sea dificil; y el justo tiene en la realidad todas aquellas grandes virtudes que en los héreos mundanos no se hallan sino en idea.

Para convencer al mundo acerca de una verdad de tanto honor por la fé, dió el Señor á la Francia el Santo Rey, cuya memoria, que tan apreciable es para todos los Fran-

ceses, nos junta hoy en este religioso lugar: las instrucciones y el buen exemplo de una madre santa ordenaron desde luego sus inclinaciones á la virtud. La Reyna Blanca, en medio de los cuidados de una regencia dificil, no conoció otro mas importante que la educacion del Rey joven, persuadida á que formando las costumbres del Soberano, formaba, por decirlo asi, las costumbres públicas, y que la felicidad de la Monarquía dependia de las prendas de aquel, á quien Dios habia destinado para gobernarla; no omitió diligencia alguna de quantas podian conducir á sembrar en su alma aquellas primeras semillas de magnanimidad y de virtud, que despues produxeron unos frutos tan santos y prodigiosos. No contenta con haber juntado para su enseñanza los sugetos mas virtuosos y doctos de la Francia, quiso ella misma tener la principal parte en esta grande obra, mezclando siempre las lecciones de la fé con las de la ciencia de reynar. Al mismo tiempo que le formaba Christiano, le enseñaba á ser Principe, á que nunca separase estas dos obligaciones, y á que mirase como contrario á los verdaderos intereses de su fama y corona todo lo que fuese contrario á la ley de Dios.

No faltó quien censurase en el mundo unos cuidados tan religiosos, (porque siempre debemos esperar del mundo estas censuras, quando no nos conformamos con su exemplo) decian algunos que los Reyes en su infancia deben tener otras diversiones mas nobles que los continuos exercicios de virtud; que con pretexto de preservar su inocencia, debilitaban su valor; que era preciso aflojar la rienda á unas inclinaciones, que despues, no teniendo freno en la autoridad soberana, serian mas impetuosas por haberlas querido contener demasiado; y finalmente, que una virtud tan exacta y rigurosa era mas á proposito para formar buenos solitarios que grandes Principes.

El estilo del mundo, Católicos, no se muda; bien estoy viendo que aun hoy justifica del mismo modo los

abusos de las educaciones profanas: es verdad que siempre se encarga á los Directores de los juvenes, que impriman desde luego en ellos las máximas de la virtud y de la sabiduría, pero al mismo tiempo no hay cosa que mas se tema que el que adelanten demasiado en estas máximas; el amor de la gloria mundana, el deseo de conseguirla, y el arte de agradar son las lecciones mas serias é importantes con que se cultiva la juventud de aquellos á quienes su nacimiento destina á los grandes puestos; gustáramos de ver apuntar en esta primera edad los primeros vislumbres de las mas peligrosas pasiones; llamamos grandes esperanzas á las muestras de los mas enormes vicios; miramos las felices y tranquilas disposiciones de un natural inclinado á la virtud, como presagios poco favorables; tememos en la infancia la poca inclinacion á las lecciones de la vanidad; procuramos despertar en ella con mil artificios las pasiones, que parece habia adormecido la misma naturaleza; y muchas veces permite Dios que prevalezcan estas impresiones estrañas, y que aquellos en quienes habíamos temido el exceso de prudencia y de virtud, sean demasiado libres aun para el mundo.

La piadosa madre de nuestro Santo no hizo caso de las murmuraciones del mundo acerca de la educacion del Rey joven, sino para darse la enhorabuena de haberlas merecido; el que elige el camino que condena el mundo, puede vivir seguro de su eleccion: y asi S. Luis, instruido desde su niñez en la fé y en la piedad, llevó al trono, además de la inocencia de la primera edad, la gracia de aquella sagrada unción que acababa de señalarle con el augusto carácter de la soberanía, y de declararle sucesor del gran Clodoveo; un reynado que empezaba con aquella gracia que consagra á los Reyes, y que les hace reynar santamente, no podia menos de ser santo y glorioso. El modo de entrar á poseer las dignidades es el que regularmente santifica, ó vicia el uso de ellas. Dios preside siempre al reynado de aquellos Soberanos, á quienes su misma gracia ha colocado en el trono. Entonces el mismo Señor es pro-

tec-

tector del Rey y del pueblo, y si permite algunos funestos sucesos, saca de ellos utilidad para el Soberano y para los vasallos: y asi, no os persuadais á que la piedad de un Rey Santo pueda minorar en la nada la gloria de su reyno. Dios establece á los Reyes sobre los pueblos para defenderlos y protegerlos en tiempo de guerra, ó para hacerlos felices en el de paz. Por este medio merecieron los Reyes que se hallan alabados en las historias, que la posteridad los distinga entre sus predecesores. No hubo Rey en quien el amor de la gloria mundana hiciese llegar á tan alto punto las virtudes pacíficas y militares, como lo hizo la fé en el Santo Rey, cuya memoria veneramos en este dia. Persuadido á que el trono no era asiento de la ociosidad de la soberbia ni de los deleytes, sino un tribunal de justicia, de religion, y de vigilancia, miró á todo su reyno como á su propia familia, y se hizo cargo de que era lo mismo ser soberano de sus vasallos, que deber servirlos á todos de padre.

Figuraos aqui, Católicos, el inmenso peso de los cuidados del reyno, y á un Principe que atiende á todos los negocios, sin que estos puedan ser bastantes para cansar su actividad, desterrando los abusos, restableciendo la decencia y autoridad de las leyes, sacando las dignidades públicas del abatimiento en que las habian puesto unas injustas elecciones, no permitiendo jamás que los talentos y el mérito quedasen inútiles, ó fuesen desgraciados; zeloso de los derechos de su corona, y mucho mas zeloso de los intereses de Dios, manteniendo la magestad y las prerogativas del trono, sin dexar por eso de amar á sus pueblos, pronto siempre para oír á los quejosos, ó para consolar á los afligidos, queriendo instruirse de todo, para remediarlo todo, no buscando el secreto de ignorar los males públicos, haciendose inaccesible á sus vasallos, por no hallarse precisado á socorrerlos; convencido de que la afliccion es un titulo que dá derecho para presentarse delante de un buen Principe, y que no hay infeliz cuyas quejas no merezcan á lo me-

Y 2

nos

nos ser oídas; en una palabra, amado de su pueblo por su bondad, temido del vicio por su rectitud, estimado de la Iglesia por su religion, y persuadido á que la soberbia no es mas que un dominio tiranico, quando no es util sino para el que reyna, y quando los pueblos no viven sino para el Principe, y el Principe para sí solo. ¡Oh santas máximas! permaneced siempre gravadas al rededor de la diadema, y en el corazon de sus Augustos descendientes.

La bondad, Católicos, es la principal virtud de los Reyes. Dé ella dice un gran Rey, *que es la fuerza, y la firmeza del trono.* (a) Los Reyes solamente son poderosos para ser beneficos, y solamente reynan en quanto son amados; el nacimiento los dá el reyno, pero el amor es el que los dá vasallos. Criado nuestro Santo con estas máximas; y por otra parte, habiendo aprendido en el Evangelio que los Reyes de las naciones no buscan mas que el dominar á sus pueblos, pero que los Reyes Christianos solamente deben dedicarse á hacerlos felices, miró esta ocupacion como la principal de su vida. En los Reynados antecedentes, y durante las turbaciones inseparables de la menor edad de los Reyes, la Francia, casi arruinada, habia experimentado aquellos tiempos calamitosos, en que es necesaria la continuacion de las cargas públicas para la seguridad de los pueblos, y en que para defenderlos, casi es preciso aniquilarlos. El Santo Rey los restituye con la tranquilidad, la alegria y la abundancia: las familias vieron renacer aquellos felices siglos, que tanto habian deseado; las ciudades recobraron su antiguo lustre: las artes, fomentadas con las liberalidades del Principe, traxeron á nuestras casas riquezas de los extrangeros; el reyno abundante ya con su propia cosecha, se vió tambien enriquecido con la abundancia de sus vecinos: los Franceses vivian felices, y baxo el

(a) *Prov. 20. v. 28.*

el dominio de tan gran Rey, lo mas que podian desear para sus hijos era un sucesor que se le pareciese.

Pero no contento S. Luis con atender á las necesidades particulares, aumentó su cuidado en remediar las miserias públicas, y aun en precaverlas: es privilegio, y al mismo tiempo obligacion en los Grandes el disponer, no solamente para su siglo, sino tambien para los venideros, unos socorros públicos, que sirvan para remediar las públicas miserias. Conoció nuestro Santo Rey esta obligacion, y jamás hubo Principe que tan buen uso hiciese de este feliz privilegio. ¡Quántas casas santas dotó! ¡Quántos lugares de misericordia edificó con sus liberalidades! ¡Quántos establecimientos utiles se emprehendieron baxo su cuidado! No hay género de miseria para la que no dexase este piadoso Rey algun socorro público, que durase en todas las edades. ¡O tú ciudad feliz que en otro tiempo le viste reynar dentro de tus muros, se ven levantados, y permanecerán eternamente los sagrados edificios, y los inmortales frutos de su caridad y de su amor á su pueblo! Pero no se ciñeron solamente al recinto de esta Capital los beneficos cuidados de su piedad y magnificencia; obligado muchas veces á visitar sus provincias, y á dexarse ver de sus mas remotos vasallos, dexó en todas partes eternos monumentos de su bondad y misericordia: y aun el día de hoy las señas que se dán de los viages que hizo por las diversas provincias del reyno, son como las que en otro tiempo daban los Hebreos de los Patriarcas en Palestina, esto es, los monumentos de religion que levantó para gloria del Dios de sus padres. Apenas alcanzaban sus tesoros á sus piadosas liberalidades, y quando le hacian cargo, dice un antiguo Historiador de su vida, de que estos excesivos dones agotaban el tesoro, y que podian perjudicar á otras necesidades mas urgentes; mejor es agotarle, respondia, para aliviar á los pobres, cuyo Padre soy, y á los que Dios me manda que socorra, que para mantener las profusiones y vanas magnificencias,

que

que parecen lícitas á la Dignidad Real, pero que me están prohibidas por la ley de Dios; y así á costa de padecer necesidades en sí mismo, ahorraba los caudales que destinó para socorro de los infelices; y no obstante ser Rey, juzgaba que le estaban prohibidos por superfluos los menores gastos, mientras le faltaban todavía algunas miserias que socorrer.

¡Qué exemplo este, ó Dios mio, para confundir algun día las bárbaras excusas, que la clase y el nacimiento oponen á la obligacion de la misericordia! Es posible, Católicos, que al mismo tiempo que la magnificencia y diversiones públicas de esta soberbia ciudad atraen á ella de todas partes á los estrangeros, que al mismo tiempo que la pompa lasciva de los teatros y espectáculos casi excede á la de los siglos Paganos, que al mismo tiempo que la soberbia de los edificios, y la loca vanidad de los muebles preciosos no tiene límites, que quando ha sido necesario que la autoridad soberana contenga el furor del juego, que quando el luxo, que todos los días se aumenta, ha llegado á ser un uso molesto é insufrible aun para el mismo mundo que le ha inventado: que siendo esta la ciudad desde donde se derrama por toda Europa, y adonde vienen nuestros vecinos á buscar el modelo de la vanidad; en una palabra, que quando no hay profusion de que esta sumptuosa ciudad no esté dando exemplo á los demás pueblos, ¿es posible, vuelvo á decir, que no se ha de atender en ella á las comunes miserias que las casas públicas de misericordia, las que las mismas ciudades Paganas mantenian con tanto cuidado y magnificencia, se hayan de arruinar en nuestra ciudad por falta de socorro, que hayan de faltar á los pobres los alivios públicos y particulares, que no haya de ser atendido el zelo de los justos, que se hayan de abandonar las obras mas utiles, y que las lágrimas de tantos infelices, que en otro tiempo hallaban aquí asilo, le hayan de buscar ahora en vano, sin haber una mano caritativa que las enjuge? Dios os juz-

juzgará, Católicos, y en su terrible tribunal vuestras riquezas se levantarán contra vosotros, y se quejarán de que las habeis hecho servir para la vanidad y los deleytes, quando estaban destinadas á glorificar al Soberano dispensador que os las habia dado para que las empleais en usos piadosos.

De este modo, la virtud y la afabilidad de nuestro Santo Rey hacian felices á sus pueblos; á todos se les permitia ponerse en su presencia, sin que negase ni aun al mas ínfimo de sus vasallos el consuelo de ver á su Principe, manifestandoles siempre un rostro risueño, templando con el agrado la magestad del trono, cubriendo como Moysés con un velo de afabilidad y dulzura el resplandor de su persona y dignidad, para que los que se acercaban á él le pudiesen mirar sin temor, y despojandose tanto de aquel fausto de que está rodeada la grandeza, que los que llegaban á él, solamente conocian que era el Principe, porque le veían distribuir las gracias. La afabilidad y el agrado serían las virtudes naturales en los Grandes, si se acordáran que son los Padres de sus pueblos; la esquivéz y la aspereza, en vez de ser prerogativas de su clase, son abuso y oprobio de ella; y no merecen ser dueños de sus vasallos, desde que se olvidan que son sus Padres. Esta leccion se dirige á todos aquellos que por razon de su dignidad se hallan constituidos superiores de los pueblos. ¡Ah! la autoridad se manifiesta algunas veces con una frente tan severa é inaccesible, que los pobres afligidos tienen por la mayor desgracia la necesidad de haber de parecer en presencia de aquel de quien esperan su libertad. Con todo eso, los puestos que nos hacen superiores á los pueblos, solamente están establecidos en favor de estos: las necesidades públicas son las que formaron las públicas dignidades; y si alguna vez puede ser molesta la autoridad, debe ser precisamente para aquellos que la exercen, y que están revestidos de ella, y no para los que la imploran, y la van á buscar como asilo.

Es verdad , que la afabilidad por sí sola sería peligrosa en los cargos públicos , si no estuviera templada con una justa severidad ; y que los Principes , así como tienen cetros para significar que son Pastores de sus pueblos , y que están obligados á remediar sus necesidades , tienen tambien espada , para que se acuerden de que están establecidos para corregir ó castigar los abusos. Nada de esto ignoró nuestro Santo Rey ; las guerras civiles , el poco poder de los reynados anteriores , y la misma ignorancia y corrupcion de aquellos desgraciados tiempos habian confundido en el reyno la magestad de los Reyes con la libertad de las costumbres : aun en la misma capital del reyno , y á vista del mismo Principe habia algunos hombres corrompidos , revestidos de la pública autoridad , que abusaban de las leyes , y para los que el unico pecado irremisible era la miseria ; bien se dexa conocer cuál sería en aquel desgraciado siglo la disciplina de las costumbres , siendo tales los Censores de los públicos desordenes. Por todas las ciudades de la Francia se habia derramado una tropa de Histriones que desde los impuros teatros corrompian á los pueblos , y que mezclando hasta los santos Misterios de la religion en sus torpes é indecentes expectáculos , exponian al público , con descaro , unas obscenidades que aun eran mas sacrilegas por esta mezcla ridicula é impia , y cuya infamia é impiedad no permitia la barbaridad de aquellos tiempos que se conociese bien ; de estas públicas escuelas de luxuria nacia , como siempre sucede , una multitud de vicios , y parece que la Francia , aunque mas civilizada despues que habia abrazado la fé de Jesu-Christo , se habia vuelto con esta desordenada libertad á la barbarie de sus mayores. Persuadióse el Santo Rey á que era preciso aplicar grandes remedios á tan grandes males : empezó formando aquellos utiles reglamentos , que aun hoy hacen tanto honor á la Jurisprudencia del reyno : eligió sujetos íntegros y doctos , que en su compañía presidiesen á la justicia y á los juicios : ya no se sentaban entre los Ancianos de Israel unos hom-

hombres desconocidos , levantados sobre las ruinas de los pueblos , y poco á proposito para compadecerse de las públicas miserias de que ellos mismos habian sido los autores ; las riquezas y el favor no ensalzaban ya á ninguno á aquellos cargos , en donde lo que mas se necesita es la ciencia , el desinterés , y la equidad ; buscó por todo el reyno hombres de estas prendas ; y muchas veces el merito llamado de los lugares mas distantes , y sacado del estado mas obscuro , subia á ocupar el primer Tribunal de la Corte ; el mas precioso don con que los Reyes pueden enriquecer á sus Pueblos es no confiar su autoridad sino á unos hombres , que solamente la empleen á favor de los mismos pueblos.

De este modo cada día se iba restableciendo la magestad de las leyes , y el buen orden de las públicas costumbres. Muy presto se vió suspendida la corriente de los públicos desordenes , prohibidos los lugares de infamia y de ignominia , arruinados los impuros teatros , privados por las leyes del estado como delitos esos espectáculos , cuyos peligros , atendidas las reglas de la fé , tanto trabajo nos cuesta hoy el persuadir ; y los Comicos , á los que hoy no se avergüenzan las personas de mas alta esfera de honrar con su familiaridad , y á los que muchos padres christianos tienen la osadía de confiar la educacion de sus hijos para que los instruyan en todos los artes propios para agrandar , declarados infames , y desterrados del reyno , como peste de las públicas costumbres y de la virtud.

Limpió pues el Santo Rey al estado con la severidad de sus leyes ; pero qué atencion no puso tambien en restablecer la magestad del culto , y la santidad de los altares ! Los Franceses , pueblos feroces y belicosos , al mismo tiempo que conquistaron las Gaulas , traxeron á ellas una especie de barbarie , inseparable de una nacion que hasta entonces no habia tenido mas exercicio que la guerra , y á la que todavia no habia podido domesticar la fé que recibió despues ; aun los primeros Re-

yes Franceses conservaron por mucho tiempo aquellas reliquias de ferocidad, y sus reynados casi todos estuvieron cubiertos de sangre y atrocidades: la religion, que despues subió al trono con el grande Clodovéo, colocó tambien en él la humanidad y la clemencia, pero no se mudó tan presto el espíritu ardiente de la nacion, y aunque no faltaron entónces Pastores Santos en la Iglesia de Francia, célebres siempre por su doctrina y virtud, con todo eso, la mayor parte de aquellos sugetos á quienes los Reyes ensalzaban á estas santas dignidades, aunque dexaban el hábito del siglo, no por eso se despojaban de sus costumbres y abusos; y siendo por derecho de sus Iglesias, Señores de feudos considerables, y de un gran numero de vasallos, mas solian pensar en pelear con sus vecinos, que en instruir y edificar á sus pueblos; de esto provino que la ignorancia, la relajacion, el olvido de las leyes, y el abandono de la disciplina pasasen de los primeros pastores á los demás Eclesiasticos; y aunque en los anteriores reynados se juntaron muchas veces los Obispos, y no omitieron diligencia alguna para remediar este escandalo con utilisimas leyes, que aun se conservan el dia de hoy, como uno de los mas preciosos monumentos de la Iglesia de Francia; con todo eso, quando nuestro Santo Rey subió al Trono, aun no estaba bien cerrada la herida.

Y así persuadido á que su poder, que dimanaba de Dios, se le habia dado solamente para hacer que reynase el Señor en su pueblo, que los Reyes solamente están establecidos para proteger y dilatar el reyno de Jesu-Christo en la tierra, y que los Césares, como en otro tiempo decia Tertuliano, solamente nacia para los fieles, miró los intereses de la religion como uno de los cuidados que mas le instaban; desde luego se hizo cargo de que la principal raíz de los males de la Iglesia es siempre la incapacidad ó desorden de los que ocupan los primeros puestos, que baxo la direccion de unos pastores ignorantes ó mundanos se debilita la doctrina, que el culto vá

de-

degenerando poco á poco, y que el Arca Santa no puede tardar mucho en ser despreciada, y aun servir de burla á los Filisteos, luego que los hijos de Helí son puestos por sus principales depositarios; empezó pues el Santo Rey á restablecer la santidad y magestad en el Santuario, colocando ministros fieles en las primeras dignidades; el nacimiento, los ardides, y el favor no volvieron á dar directores á los pueblos, ni pastores á las Iglesias; no se miraba la distribucion de los sagrados honores como efecto de los artificios de la Corte, sino como un negoció de religion; no se pagaban los servicios hechos al estado con las rentas y honores del Santuario, ni se miraba un ministerio, que lo es de paz y mansedumbre, como precio de la sangre, y recompensa de las victorias: no se atendia á las súplicas, sino para excluir á aquellos que tenían la temeridad de pretender estos cargos, ó de llamarse para ellos á sí mismos; se sacó de la obscuridad de los claustros, tan fertiles entonces en varones ilustres, lo mas docto, y lo mas santo que en sí encerraban aquellos piadosos asilos; se procuraba ensalzar á aquellos que habian sabido ocultarse; y para hacerse digno un hombre de los primeros puestos, era menester que hubiese tenido valor para saberlos renunciar. ¡O Dios mio! renovad aquel primitivo espíritu en la relajacion de nuestro siglo: favoreced las santas intenciones de un Monarca religioso, y en medio de aquellos humanos deseos de que siempre está rodeado el trono, y que suelen disfrazarse con las apariencias de virtud, iluminad, Señor, sus ojos, que tan favorables se muestran á la piedad; manifestadle vos mismo á los que habeis escogido, y continuad protegiendo vuestra Iglesia, conservando á un Principe, que siguiendo las huellas de su Santo predecesor, mira como el mas principal cuidado de su Corona, el dar á los pueblos pastores Santos, y Ministros fieles á la Iglesia.

Pero no se contentó San Luis con elevar á los sagrados honores á los hombres doctos y virtuosos, sino que

-ni

Z 2

tam-

tambien los honró con su confianza. Los hombres mas eminentes en doctrina y virtud que hubo en aquel siglo, iban casi todos los dias á entretenerle con santas conversaciones, que le servian de descanso en los cuidados del reyno, ó á ayudarle en estos con sus utiles consejos. Santo Thomás, San Buenaventura, Roberto Sorbon, aquellos hombres tan célebres y tan Santos, se sentaron muchos dias á su mesa, y honrando de este modo la virtud y la ciencia, no solo manifestaba que la familiaridad de los buenos Principes debia servir de recompensa al mérito y á la virtud, sino tambien que entre todas las grandezas del reyno, no hay deleytes mas agradables y puros que los que se experimentan en el trato de las almas santas y fieles; entonces se empezó á ver lo que el dia de hoy estamos viendo en un Reynado mucho mas feliz, esto es, servir de asilo el Palacio del Principe á las ciencias y á las letras, los sábios juntos al rededor del trono, hacer nuevos progresos todos los dias en el conocimiento de la naturaleza, cultivar las costumbres y el idioma, renovar la eloqüencia de los siglos felices, descubrir lo mas obscuro y curioso de la antigüedad, y hecha la Francia por este medio la escuela pública de toda Europa, multiplicándose en ella los sábios, tanto por el feliz talento de la nacion, como por las liberalidades del Soberano, que nunca dexa sin recompensa los talentos y el mérito.

Un reyno acompañado de tanta prudencia y justicia, inmediatamente fué propuesto como modelo de todos los Reynos, é hizo que el Santo Rey fuese la admiracion de todas las Cortes de Europa. Nuestros vecinos, zelosos siempre de la grandeza, y gloria de la Monarchía, la veían prosperarse, sin envidia, baxo la direccion de un Monarca, cuya prudencia y virtud se veían precisados á admirar; mas cuidaban de estudiar é imitar la prudencia de su gobierno, y la felicidad de su Reynado, que de turbarle; y aun venian á poner al pie de su trono sus disensiones y quejas, fiando á su decision todos sus in-

intereses, y no obstante las razones de estado, que parecian hacernos útiles sus disensiones, siempre hallaban en él un juez equitativo y desinteresado, que arreglaba sus diferencias, que aplacaba sus furors, y que al mismo tiempo que los reconciliaba entre sí, no hacia mas que grangearse su admiracion y sus respetos. Catholicos, el atreverse á decir que las máximas del Evangelio son incompatibles con las del gobierno, es deshonar la fé de los christianos, y blasfemar contra ella; la religion que estableció los Reyes, es la que unicamente conserva y mantiene los reynos; la prudencia de la cruz hace reynar con mas seguridad que la falsa prudencia de la carne; la ambicion y la mala fé han trastornado muchos tronos, pero la justicia, y la virtud siempre los han asegurado.

La causa de esta ilusion es, que miramos la virtud como suerte de las almas fiacas y tímidas, y nos parece que las virtudes militares, que suponen valor, aliento, y elevacion son incompatibles en el corazon con lo tierno de la caridad, y con la paz y mansedumbre de la inocencia; como si para ser valientes fuera necesario ser viciosos, siendo así que el verdadero valor es el que nace de la virtud; en nuestro piadoso Monarca no se distinguia el Heroe del Santo; á la frente de sus exercitos no parecia aquel Rey tan pacífico y accesible para sus vasallos, que sentado debajo de las encinas de Vincennes con una afabilidad, á la que hacia mas respetable la sencillez del lugar, arreglaba los intereses de las familias, reconciliaba á los padres con sus hijos, separaba las pasiones de la equidad, y aseguraba los derechos de la viuda y del huérfano, dexándose ver, mas como padre en medio de su familia, que como Rey en presencia de sus vasallos, mezclándose en unas menudencias, que sus subalternos tendrian por cosa de menos valer el averiguarlas, y persuadiéndose á que solo puede ser indecente á la magestad de los Reyes el ignorar las necesidades de sus pueblos.